

# REFLEXIONES CONTEMPORÁNEAS SOBRE UN “REVISIONISMO HISTÓRICO DE IZQUIERDA”

Por Omar Acha



Hace más de una década atrás reuní algunos textos en un libro intitulado *Un revisionismo histórico de izquierda*<sup>1</sup>. Se trataba de escritos de índole ensayística. En parte estaban motivados por novedades aleatorias, como las celebraciones estimuladas por el segundo bicentenario de la Revolución de Mayo en 2010, los debates generados por la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico

<sup>1</sup> O. Acha, *Un revisionismo histórico de izquierda*. Y otros ensayos de política intelectual, Buenos Aires, Herramienta Ediciones, 2012.

Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego” en 2011, o simplemente encaraban una pregunta en modo alguno necesaria tal como la de qué sería, ya avanzado el siglo veintiuno, un “revisionismo histórico” (en mi caso de izquierda, pero entiendo que la pregunta es válida para cualquier lugar del espectro ideológico).

Quiero disculparme de antemano por la auto-referencia. No es que encuentre importantes mis propuestas. Por el contrario, quiero plantear algunas limitaciones de aquel libro en una orientación que me parece todavía válida e irrealizada.

Para que el proyecto de una revisión de la historia fuera viable era preciso apartar el término “revisionismo” de la mala prensa que había tenido en las últimas décadas, sobre todo a propósito del revisionismo negacionista de las atrocidades en masa organizadas por el nazismo.

La idea de una revisión de los parámetros dominantes del ejercicio historiográfico es anterior a esa línea negacionista y puede ser posterior. ¿Qué involucra una proyección revisionista? En principio el reconoci-

miento explícito de poseer una política de la historia, o lo que es lo mismo, una orientación de investigación y divulgación historiográficas con una clara brújula estratégica.

De acuerdo a los contextos, un revisionismo puede asumir diversos contornos: liberal, feminista, derechista, izquierdista, indigenista, fascista, etc. Luego, un revisionismo requiere definir los temas esenciales, los puntos neurálgicos donde diverge su opción histórico-interpretativa. O lo que es lo mismo: las claves de su diferencia con otras variantes historiográficas.

Pienso que una historiografía de izquierda requiere, por caso, establecer una lectura del desarrollo del Estado-nación como fenómeno de una mutación del modo de producción capitalista, para explicar los rasgos de mediana y larga duración del país, los cambios sufridos en la estructura de clases sociales, principalmente luego de las grandes migraciones ultramarinas de los alrededores del 1900, las fracturas económico-sociales de 1930 y 1970 que todavía generan efectos relevantes, la aparición de las ideologías y organizaciones de izquierda, especialmente tras la derrota

infligida por la última dictadura militar y de la que aún no puede recuperarse, etcétera. Otra línea posible, compatible con el enfoque más estructural y de mediana duración recién señalada, es la orientada a construir una historiografía de las luchas sociales y culturales de las clases, sectores y grupos dominados.

Una peculiaridad, que desde luego puede ser debatida, es la inscripción de estos temas en una agenda de preguntas de alcance global. No hay ninguno de los asuntos antes mencionados que pueda ser resuelto solo en el espacio jurídico-político nacional. Con esto no sugiero olvidar las singularidades nacionales, pues una exigencia de la investigación histórica (a diferencia de la teoría) consiste en situar actores, normas, instituciones, prácticas, en sus situaciones concretas. Solo señalo que el formato nacional ha perdido la autoevidencia de ser el marco espacial donde se dirimen los asuntos decisivos de la investigación histórica. Entonces emerge la exigencia de definir las escalas de análisis relevantes, que en general suelen ser varias y en interacción.

Pronto regresaré sobre los términos de un revisionismo histórico de izquierda. Pero quiero subrayar ahora un suelo de la práctica historiográfica que puede defenderse razonablemente cualquiera sea la orientación interpretativa o existencial, y que no estaba bien establecido en la intervención de 2012. Me refiero a premisas básicas de investigación comunes al quehacer histórico, más allá de sus opciones interpretativas.

### **La exigencia de complejidad explicativa**

El público lector ya sabe que quien aquí escribe no pretende desplegar razones válidas urbi et orbe. Sin embargo, esto no significa incidir en un reduccionismo ideológico de la historiografía. Estoy convencido de que hay un suelo compartido y justificable de lo que puede ser llamada una buena práctica de la historia. Lo explicaré tomando como ejemplo uno vinculado a uno de mis temas de investigación preferidos: la historia del peronismo, en particular el del periodo fundacional 1945-1955<sup>1</sup>.

Objeto polémico de la investigación, la historia del peronismo ha navegado, y tal vez todavía lo haga, en aguas turbulentas. Lo estuvo siempre y posiblemente lo esté mientras dicho movimiento continúe siendo un actor político y una identidad importante en el escenario público. Un obstáculo de magnitud en la historiografía del peronismo fueron las explicaciones simplistas que lo comprimían como mero instrumento de Juan Perón o de su “doctrina”. Debe decirse al respecto que si esa imagen fue cultivada por el antiperonismo visceral, también hizo su contribución el peronismo que reduce un tema complicado a la adhesión al líder carismático.

Así las cosas, los primeros libros de historia sobre el tema comenzaban organizándose a partir de una exposición de las ideas de Perón o de la propaganda peronista, de la que se deducían las acciones de los peronistas y su destino de autodestrucción en 1955<sup>2</sup>. Esto conducía a una negación de la necesidad de investigación histórica más profunda o a la reducción de las preguntas a los avatares de

---

1 Sobre las nuevas investigaciones sobre el peronismo pueden verse, entre otras referencias: R. Rein, C. Barry, N. Quiroga y O. Acha, *Los estudios sobre el primer peronismo: aproximaciones desde el siglo XXI*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires-Archivo Histórico, 2009; E. Elena, “New Directions in the History of Peronism”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2014, vol. 25, n° 1, pp. 17-39; J. M. Palacio, “El primer peronismo en la historiografía reciente: nuevas perspectivas de análisis”, *Iberoamericana*, 2010, vol. X, n° 39, pp. 255-265; D. Pulfer, “Historiografía acerca del peronismo 1955-1973”, XIV Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2021; O. Acha, J. L. Besoky, J. Brenna, E. Campos, V. Caruso, H. Comastri, S. Friedemann, M. Garzón Rogé, S. Gómez, A. Nieto, J. Rodríguez Cordeu, *Historia del peronismo. Un manual para su investigación. Volumen 1*, Buenos Aires, Prometeo Libros, en prensa.

2 Puedo dar como ejemplo un libro de Alberto Ciria que con todo tenía algún esfuerzo de recolección de fuentes: A. Ciria, *Política y cultura popular. La Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984.

las trayectorias de Juan y Eva Perón, del Estado peronista y quizás del antiperonismo. En efecto, si la experiencia histórica se explicaba por la palabra o voluntad de Perón, era innecesario indagar, buscar diversas fuentes, establecer contextos, reconstruir acciones de los actores, es decir, las operaciones mínimas de cualquier investigación histórica más o menos sofisticada. Lo que respecto de otros temas se revelaría inmediatamente como insuficiente (por ejemplo hacer la historia de la Unión Soviética a partir de los discursos de Stalin y una descripción las trayectorias de Juan y Eva Perón, del Estado peronista y quizás del antiperonismo. En efecto, si la experiencia histórica se explicaba por la palabra o voluntad de Perón, era innecesario indagar, buscar diversas fuentes, establecer contextos, reconstruir acciones de los actores, es decir, las operaciones mínimas de cualquier investigación histórica más o menos sofisticada institucional de la burocracia soviética), para el peronismo fue considerado historiográficamente respetable durante demasiados años.

Un rasgo compartido por la nueva ola de investigaciones históricas sobre el peronismo en los últimos veinticinco años reside en que comenzaron a problematizarse temas que hasta hacía poco, con algunas excepciones, no eran considerados exigentes de estudio<sup>1</sup>. ¿Por qué no era necesario estudiarlos? Porque bastaba con recuperar la palabra de Perón o la legislación peronista para explicarlos. Esos temas, en sí mismos, estaban fuera de la historia. Así ocurría con la historia del sindicalismo, que era visto como un edificio inerte habitado por obsecuentes del líder, con el Partido Peronista reducido a maquinaria atendida a las definiciones estatutarias, de la vida asociativa en la sociedad civil porque había sido ocluida por el estatismo prevaleciente después del golpe militar de 1943 o por la expansión totalista de las unidades básicas, etcétera.

Con el paso del tiempo se fue advirtiendo que los peronistas disentían entre sí, que había varias líneas en conflicto, que la transmisión automática e infalible de la palabra del líder era implausible, que las y los peronistas interpretaban a sus modos y con sus intereses encontrados una adhesión a la “doctrina”, que tampoco el Estado peronista sabía muy bien lo que hacía (lo que es bastante lógico si consideramos que el último censo nacional databa de 1914), que las dificultades económicas pronto plantearon renovados conflictos, que el orden intelectual era más complicado que una división tajante y límpida entre peronistas y antiperonistas, que los diversos escenarios y escalas de análisis como los provinciales y municipales imponían interrogaciones irreductibles a las determinaciones nacionales, etcétera. En fin, comenzamos a comprender que desconocíamos muchas cosas del primer peronismo. Sobre todo, se cayó un implícito historiográfica que hacía pasar por historia relatos simplificadores, insisto, que para otros tópicos serían considerados inaceptables.

Si reducimos este relato a lo ocurrido en un sector de la investigación, por caso el de la historia política, es notorio que la hegemonía peronista no se impuso de manera uniforme a lo largo del país. Desde ya que no era lo mismo lo que sucedía en los grandes centros urbanos (que las interpretaciones clásicas del peronismo adoptaban como su escala natural cuando estaba lejos de ser la única) y en los espacios rurales, o en diferentes provincias y territorios nacionales, cada uno con sus tradiciones propias, con sus sedimentaciones políticas particulares, con composiciones de clase y de organización sindical diversas. No fue la misma la dinámica de la construcción del partido peronista en Jujuy donde el radicalismo tanquista, pronto pasado al nuevo peronismo, tenía amplio predicamento que el de San Juan con la existencia del pre-existente cantonismo. Difería la edificación de la presencia peronista en circunscripciones con sindicatos industriales o de transporte, en general vigorosos, respecto de los

---

1 Desde luego estoy simplificando y es posible hallar estudios importantes sobre el primer peronismo en años anteriores. Por ejemplo: M. Navarro, *Evita*, Buenos Aires, Corregidor, 1985; S. Bianchi y N. Sanchís, *El Partido Peronista Femenino*, Buenos Aires, CEAL, 1988; L. Caimari, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995. En feroz debate interno entre miradas antiguas y la renovación de la historia cultural: M. Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

sindicatos de “oficios varios” a menudo menos institucionalizados y con menor capacidad de estructuración y toma de recursos. Por último, las acciones de los actores individuales y colectivos, sus decisiones, sus alianzas y enfrentamientos, con las derrotas, victorias y empates usuales, tampoco pueden ser deducidas de antemano. Al intervenir en este cuadro las ideas, sentimientos y representaciones, tanto conscientes como inconscientes, el panorama se torna aún más abigarrado y los desafíos de investigación menos sencillos.

Pienso que hoy contamos con un suelo, o un mínimo consensuado, sobre lo que requiere una investigación histórica solvente para el tema peronista. Además de fuentes de diversa índole que habiliten lecturas desde diversos ángulos, sabemos que las grandes ideas no corresponden exactamente con la realidad histórica en general inquieta. Las ideas, como la Doctrina Peronista proclamada por el presidente Perón, son incapaces de dar cuenta de la realidad sucedida. No porque el plano de las ideas sea irrelevante. Es que, además de la variedad y complejidad de las ideas como tales, las formas institucionales adoptadas como plasmación del ideario peronista diferían de las fórmulas doctrinarias, por el simple hecho de que involucraba actores individuales y colectivos con intereses divergentes. Si las ideas y las instituciones no calzaban armónicamente entre sí, tampoco lo hacían las condiciones materiales.

Suponer que las ideas y las instituciones, como las leyes, corresponden con lo real es ingenuo. Luego están las prácticas de los actores, múltiples, que llevan a cabo acciones entre las ideas, las instituciones y los recursos. Las prácticas suelen ser orientadas por metas de acción. Los seres humanos suelen actuar en la búsqueda de propósitos, le imprimen horizontes de posibilidad a sus prácticas y los temporalizan. Pero los resultados de la acción a menudo están en disonancia con los propósitos iniciales, no solo por la incertidumbre de las personas y grupos. También interfieren en los propósitos el que haya múltiples sujetos interactuando con fines diversos.

Más tarde, ocurridos los hechos, está la memoria o narrativa de los mismos, que son también hechos históricos. Así las cosas, una marcha, una asamblea o una protesta no concluye hasta que se impone un relato público de las mismas. En fin, todas estas capas de realidad, puestas en movimiento temporal y con la dinámica de múltiples escalas, en el seno de actores con capacidad de acción diferenciada, impiden regresar a la idea no histórica de que el peronismo puede comprenderse desde la palabra desnuda y todopoderosa de Perón. Aceptar que la investigación histórica, sea de izquierda o de derecha, liberal o conservadora, requiere contemplar todos los estratos de la acción y movilizar fuentes para reconstruir la madeja abigarrada de la vida histórica se impone a todo ejercicio histórico, sea ortodoxo, revisionista o se pretenda llanamente académico y exento de ideología.

El ejemplo de la formación de un conjunto de premisas para la investigación sobre el primer peronismo quiere ilustrar, entonces, la existencia de un suelo básico de lo exigible a las prácticas historiográficas, no importa cuál sea su orientación ideológica. El revisionismo histórico de izquierda que procuro pensar debe atenerse a los requerimientos válidos para toda buena historiografía. Por otra parte, respetarlos crea un campo de razonabilidad dialógica para el debate entre opciones historiográficas en desacuerdo. Entonces, la objeción tradicional de la historia académica contra los programas revisionistas respecto de que son “mala historia” porque hace prevalecer sus metas interpretativas sobre las obligaciones elementales de la investigación está mal fundada.

### **Rasgos de un revisionismo histórico de izquierdas**

Una modificación clave en el horizonte de un revisionismo de izquierdas en contraste con lo que había sugerido en 2012 consiste en su pluralización. Es evidente que la izquierda a nivel global se encuentra en una severa crisis. Lo está en el plano político, pero también en el intelectual. Uno de sus efectos consistió en la fractura de lo que era hasta 1970, en palabras de Jean-Paul Sartre “el horizonte insuperable de nuestro saber”: el marxismo.

No voy a detenerme aquí sobre el marxismo o más bien los marxismos, sobre su historia, sobre su crisis y su vigencia<sup>1</sup>.

Solo diré que el abanico de teorías críticas (definidas porque parten de analizar una situación de dominación desde su mismo interior y no desde un exterior immaculado) es más amplio que el de 1930 o 1950. Los procesos revolucionarios de Rusia, China y Cuba consagraron la centralidad del marxismo como teoría crítica. Desde luego, la crisis de esos ensayos de revolución contra el capital debían acarrear una feroz conmoción a ese lugar teórico del marxismo. Sin embargo, las novedades se venían produciendo desde antes.

Paulatinamente, desde la década de 1960 no ha cesado de complejizarse el escenario de las teorías críticas. Con la derrota momentánea del socialismo a fines del siglo veinte, también el territorio de la izquierda, antes organizado alrededor de la lucha de clases, se ha multiplicado. No tanto porque la llamada “cuestión social” haya desaparecido. De hecho está más vigente que nunca. Lo que está en problemas es que posea una estrategia política indiscutible. Es habitual que las y los marxistas procuren enlazar desafíos novedosos, como la lucha contra la dominación masculina, el heterosexismo o el calentamiento global, con su biblioteca originada en Marx. Pero es indudable que otras teorías, no marxistas, componen la bibliografía del pensamiento crítico-radical contemporáneo. Mas todo no es teórico. Las dificultades mayúsculas del sistema capitalista global carecen de un desafío igualmente global que aparezca como una opción creíble para las grandes mayorías. Eso debe impactar en una proyección revisionista en las izquierdas, desde ahora nombradas en plural.

En el plano estrictamente histórico, limitando la discusión al espacio argentino, una década atrás consideraba que el debate debía darse con un conjunto de representaciones históricas jalonadas por la pregunta progresista sobre la “modernidad” y la “modernización” (por supuesto, lo que presuponía mi preocupación era que tal pregunta renunciaba a poner en vilo la naturalización de la sociedad capitalista, la que dejaba así de ser histórica, precedera, para devenir en la realidad sin más). Estas interrogaciones se difundieron en clave sociológica desde los años 1950, y desde 1980 se diseminaron en el horizonte historiográfico. Lo que me parecía significativo era la dificultad para pensar las premisas de la pregunta como tal. En principio, la universalización del vector temporal que hace del pasado algo a abandonar por un futuro de cambio positivo. El enigma progresista consistía en detectar las dificultades de la modernidad argentina.

El estado “espiritual” del mundo en nuestro siglo torna difícil asumir esa esperanza progresista. Se ha hablado de que vivimos un tiempo “presentista” en el que ya no avizoramos un futuro mejor. También se ha dicho que la nuestra es una época más de catástrofes que de progreso. Las teorías al respecto son numerosas. En cualquier caso, pienso que las consecuencias pesimistas o resignadas en materia política (que es urgente combatir) posee una paradójica virtud para la historiografía.

El derrumbe del sentido de la historia vale también para los vencedores. Entonces es posible recuperar las voces acalladas, las luchas derrotadas, las resistencias aplastadas. Lo que antes carecía de sentido porque no se plegaba a una vía finalmente victoriosa reconquistaba su validez, así sea como gesto condenado. La experiencia histórica se tornaba plena de individuos, grupos, clases, de acción y lucha. Pero también se habilitaban cuestiones antes secundarizadas, como la vida cotidiana, el tiempo en que nada se hace, las gestualidades sin meta. Estoy convencido de que la historiografía surgida de la caída de las grandes narrativas será mejor para un revisionismo de izquierdas.

Sin embargo, es preciso recuperar grandes preguntas después de haber desaprendido tantas “verdades” y reconstruido paulatinamente otra manera de hacer historia. El problema de la sociedad capi-

---

<sup>1</sup> Me extendo al respecto en O. Acha, *Marxismo e historia. Deconstrucción y reconstrucción del materialismo histórico*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2023.

talista y su peculiar formación social en América Latina, antes ordenado abstractamente en términos de “debate sobre los modos de producción”, es una tarea pendiente. Por supuesto, ahora sabemos mucho más que Sempat Assadourian y Garavaglia en 1973, y las matrices conceptuales requieren amplias revisiones para dar cabida a la enorme progresión en la acumulación de estudios “empíricos”.

Recuperar esa pregunta es central para neutralizar una severa limitación que aqueja en general a la historiografía argentina, y respecto de lo cual sus franjas de izquierdas participan: el nacionalismo metodológico, es decir, la adopción de la escala nacional como el espacio por excelencia de la investigación (un déficit de mis propuestas de 2012 residía en que no superaba ese marco metodológico, me parece que propio de las formaciones universitarias en Historia en la Argentina).

Es verdad que los enfoques transnacionales, globales y regionales se han desarrollado en los últimos lustros. Siguen, no obstante, sin impactar en los programas dominantes. Los complejizan sin desplazarlos de sus preeminencias nacionales.

Allí se impone otro aspecto: la dificultad de la institucionalización académica que demanda “planes de investigación” realizables individualmente en una cantidad limitada de años. Los proyectos de beca o de doctorado deben ser “factibles” en un lapso de alrededor de cinco años. Ese recorte necesario condiciona la apertura de programa de trabajo de mayor aliento. Si la lógica académica ha generado un efecto virtuoso al demandar mayor profundidad analítica y documental, sin necesariamente producir en la Argentina un giro microhistórico, la especialización fragmenta y socava el sostenimiento de proyectos de gran envergadura.

Entiendo que si un revisionismo histórico de izquierdas tiene sentido no le es suficiente, como debería ocurrir con cualquier proyecto de revisión histórica, ser tan buena como cualquier otra historiografía. También debe situarse en la perspectiva de aportar a la reconstrucción renovada, no nostálgica, de la política de izquierdas. Me parece que el proyecto continúa pendiente, y la invitación a desarrollarlo, abierta. Esencialmente porque la política de izquierdas sin perspectivas que conjuguen reflexiones de mediano y largo plazo se extravía en la inmediatez de la institucionalización cotidiana, en luchas necesarias pero sin horizontes más comprensivos. La política de izquierdas requiere recuperar la posibilidad de pensar históricamente y allí la práctica historiográfica revisionista en el sentido aquí postulado tiene una contribución por realizar.